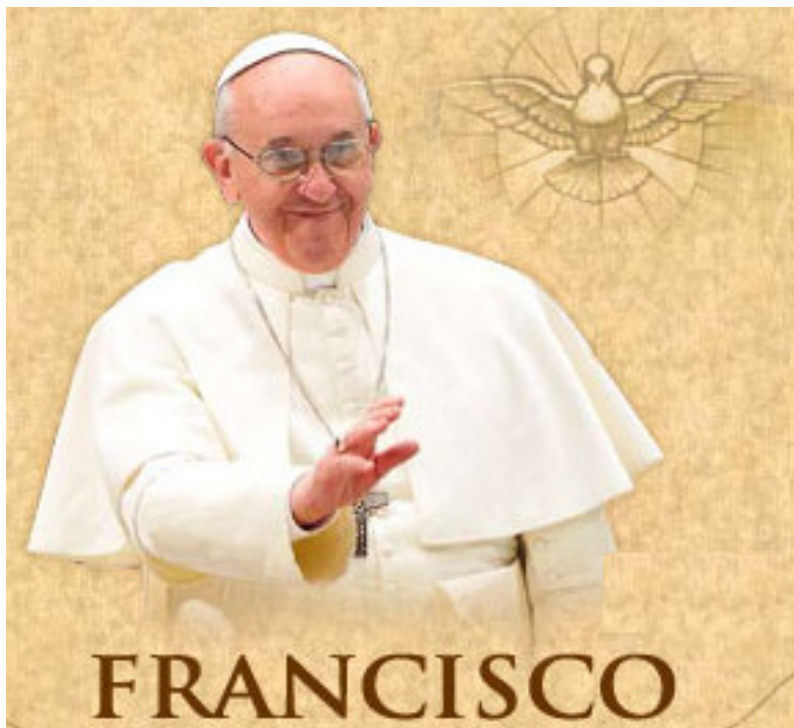


PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS



**PAPA FRANCISCO
MISAS MATUTINAS EN LA
CAPILLA
DE SANTA MARTA 2**

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

Corazones libres de envidias y celos

Jueves 23 de enero de 2014

Con una oración para que la «semilla de los celos no se siembre» en las comunidades cristianas y la envidia no tenga un lugar en el corazón de los creyentes concluyó el Papa Francisco la homilía de la misa del jueves 23 de enero en Santa Marta.

Toda la reflexión del Pontífice se centró en el tema de los celos y la envidia, definidas como las puertas a través de las cuales el diablo entró en el mundo. El obispo de Roma partió de la primera lectura, tomada del primer libro de Samuel (18, 6-9; 19, 1-7), donde se narra acerca de las mujeres que, tras la victoria del pueblo de Dios contra los filisteos, salieron de todas las ciudades de Israel a cantar y a bailar al encuentro del rey Saúl. También éste último —comentó— «estaba feliz, pero sintió algo que no le gustó. Cuando las mujeres alababan a David porque había matado al Filisteo», algo arrojó en el corazón del soberano «amargura, tristeza».

Precisamente en ese momento concreto —destacó el Santo Padre— una «gran victoria comienza a convertirse en una derrota en el corazón del rey. Comienza esa amargura» que lleva a la mente «lo que sucedía en el corazón de Caín: comienza ese gusano de los celos y de la envidia». Al rey Saúl le sucede aquello que le sucedió a Caín cuando el Señor le preguntó: «¿Por qué te enfureces y andas abatido?». En efecto, explicó el Papa Francisco, «el gusano de los celos trae el resentimiento, envidia, amargura» y también decisiones instintivas, como la de matar. No por casualidad Saúl madura la misma determinación de Caín: matar. Y decide matar a David.

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

Una realidad que se repite aún hoy, añadió el Pontífice, «en nuestro corazón. Es una inquietud mala, que no tolera que un hermano o una hermana tenga algo que yo no tengo». Y así «en lugar de alabar a Dios, como hacían las mujeres de Israel por la victoria», se opta por encerrarse en sí mismos, «amargarse y cocinar los propios sentimientos, cocinarlos en el caldo de la amargura».

Precisamente los celos y la envidia, por lo demás, son las puertas a través de las cuales entró el diablo en el mundo, continuó el Papa, destacando que es la Biblia quien lo afirma: «Por la envidia del diablo entró el mal en el mundo». Y «los celos y la envidia abren las puertas a todas las cosas malas», acabando por provocar laceraciones entre los creyentes mismos. El Pontífice se refirió explícitamente a la vida de las comunidades cristianas, poniendo de relieve que cuando «algunos miembros sufren de celos y de envidia, terminan divididas». Divisiones que el Papa Francisco definió «un veneno fuerte», el mismo que se encuentra en la [primera página](#) de la Biblia con Caín.

El Santo Padre destacó luego lo que sucede en concreto «en el corazón de una persona cuando tiene estos celos, esta envidia». Son dos las consecuencias principales. La primera es la amargura: «La persona envidiosa y celosa es una persona amargada, no sabe cantar, no sabe alabar, no sabe lo que es la alegría; mira siempre» lo que tienen los demás. Y esta amargura, lamentablemente, «se difunde en toda la comunidad», porque quienes son víctimas de este veneno se convierten en «sembradores de amargura».

La segunda consecuencia está representada por las habladurías. Está quien no soporta que otro tenga algo —explicó el Papa— y entonces «la solución es abajar al otro, para ser yo un poco más alto. Y el instrumento son las habladurías: busca siempre y verás que detrás de una crítica están los celos y la envidia».

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

Por lo tanto, «las habladurías dividen a la comunidad, destruyen a la comunidad: son las armas del diablo. Hemos visto muchas hermosas comunidades cristianas —comentó con dolor el Pontífice— que marchaban bien», pero luego en alguno de sus miembros «entró el gusano de los celos y de la envidia, y llegó la tristeza», sus «corazones se irritaron». He aquí entonces la invitación a no olvidar el episodio de Saúl, porque «después de una gran victoria, comienza un proceso de derrota. Una persona que está bajo el influjo de la envidia y de los celos mata».

Así, el deseo final del Santo Padre: «Hoy, en esta misa, rezamos por nuestras comunidades cristianas, para que esta semilla de los celos no se siembre nunca entre nosotros. Para que la envidia no ocupe un lugar en nuestro corazón, en el corazón de nuestras comunidades. Y así podamos seguir adelante con la alabanza al Señor, alabando al Señor con la alegría. Es una gracia grande: la gracia de no caer en la tristeza, en el resentimiento, en los celos y en la envidia», concluyó.

Cómo se construye el diálogo

Viernes 24 de enero de 2014

El diálogo se construye con humildad, incluso a costa de «tragar quina», porque es necesario evitar que en nuestro corazón se levanten «muros» de resentimiento y odio. Lo dijo el Papa Francisco en la misa que celebró el viernes 24 de enero.

El punto central de la homilía fue el pasaje del primer libro de Samuel (24, 3-21), que narra el enfrentamiento entre Saúl y David. «Ayer —recordó el Papa— escuchamos la Palabra de Dios» que «nos hacía ver lo que hacen los celos, lo que hace la envidia en las familias y en las comunidades cristianas». Son actitudes negativas que «llevan siempre a muchas peleas, a muchas divisiones, incluso al odio».

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

Pero «hoy la Palabra de Dios —prosiguió el Papa— nos muestra otra actitud: la de David», quien «sabía muy bien» que se encontraba «en peligro; sabía que el rey quería matarlo. Y se encontró precisamente en la situación de poder matar al rey, y así se terminaba la historia». Sin embargo, «eligió otro camino», prefirió «el **camino del** acercamiento, de la aclaración de la situación, de la explicación. El camino del diálogo para hacer las paces».

En cambio, el rey Saúl «rumiaba en su corazón estas amarguras», insultaba «a David porque creía que era su enemigo. Y ésta aumentaba en su corazón». Por desgracia, afirmó el Papa, «esas fantasías aumentan siempre cuando las escuchamos dentro de nosotros. Y levantan un muro que nos aleja de la otra persona». Así terminamos por quedar «aislados en este caldo amargo de nuestro resentimiento».

He aquí que David, «con la inspiración del Señor», rompe ese mecanismo de odio «y dice no, yo quiero dialogar contigo». Es así, explicó el Pontífice, como «comienza el camino de la paz: con el diálogo». Pero, advirtió, «dialogar no es fácil, es difícil». **De todos modos**, sólo «con el diálogo se construyen puentes en la relación, y no muros, que nos alejan».

«Para dialogar —precisó el Papa— es necesaria, ante todo, la humildad». Lo demuestra el ejemplo de «David, humilde, que dijo al rey: mira, habría podido matarte; habría podido hacerlo, pero no quise. Quiero estar cerca de ti, porque **tú eres** la autoridad, eres el ungido del Señor». David realiza «un acto de humildad».

Por lo tanto, para dialogar no hay necesidad de alzar la voz, «sino que es necesaria la mansedumbre». Y, además, «es necesario pensar que la otra persona tiene algo más que yo», tal como hizo David,

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

quien, mirando a Saúl, se decía a sí mismo: «él es el ungido del Señor, es más importante que yo». Junto «con la humildad y la mansedumbre, para dialogar —añadió el Pontífice— es necesario hacer lo que hemos pedido hoy en la oración, al comienzo de la misa: hacerse todo a todos».

«Humildad, mansedumbre, hacerse todo a todos» son los tres elementos básicos para el diálogo. Pero aunque «no esté escrito en la Biblia —puntualizó el Santo Padre—, todos sabemos que para hacer estas cosas es necesario tragar mucha quina; debemos hacerlo, porque las paces se hacen así». Las paces se hacen «con humildad, con humillación», siempre tratando de «ver en el otro la imagen de Dios». Así muchos problemas encuentran solución, «con el diálogo en la familia, en las comunidades, en los barrios». Se requiere disponibilidad para reconocer ante el otro: «escucha, disculpa, creía esto...». La actitud justa es «humillarse: es siempre bueno construir un puente, siempre, siempre». Este es el estilo de quien quiere «ser cristiano», aunque —admitió el Papa— «no es fácil, no es fácil». Sin embargo, «Jesús lo hizo, se humilló hasta el fin, nos mostró el camino».

El Pontífice dio luego otro consejo práctico: para abrirse al diálogo «es necesario que no pase mucho tiempo». En efecto, hay que afrontar los problemas «lo antes posible, en el momento en que se puede hacer, cuando ha pasado la tormenta». Inmediatamente hay que «acercarse al diálogo, porque el tiempo hace crecer el muro», tal «como crece la hierba mala, que impide el crecimiento del trigo». Y puso en guardia: «cuando crecen los muros, es mucho más difícil la reconciliación, mucho más difícil». El obispo de Roma hizo referencia al muro de Berlín, que durante muchos años fue un elemento de división. Y observó que «también en nuestro corazón existe la posibilidad de convertirnos como Berlín, con un muro levantado frente

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

a los demás. De ahí la invitación a «no dejar que pase mucho tiempo» y «buscar la paz lo antes posible».

En particular, el Papa hizo referencia a los esposos: «es normal que os peleéis, es normal». Y viendo la sonrisa de algunas parejas presentes en la misa, reafirmó que «en un matrimonio se pelea, algunas veces incluso vuelan los platos». Pero «jamás debe terminar la jornada —aconsejó—, sin hacer las paces, sin el diálogo que algunas veces es solamente un gesto», un decirse «hasta mañana».

«Tengo miedo de estos muros —afirmó el Papa— que se elevan cada día y favorecen los resentimientos. También el odio». E indicó de nuevo la elección del «joven David: podía vengarse perfectamente», podía matar al rey, pero «eligió el camino del diálogo con humildad, con mansedumbre, de la dulzura». Y, en conclusión, pidió «a san Francisco de Sales, doctor en dulzura», que nos conceda «a todos nosotros la gracia de construir puentes con los demás, jamás muros».

Quando los sacerdotes no son noticia

Lunes 27 de enero de 2014

No son noticia en los periódicos, pero dan fuerza y esperanza a los hombres: son **todos los** obispos y sacerdotes «anónimos» que siguen ofreciendo su vida en nombre de Cristo al servicio de las diócesis y las parroquias. Por esos sacerdotes «valientes, santos, buenos y fieles» el Papa Francisco invitó a rezar en la misa celebrada el lunes 27 de enero.

La reflexión del Pontífice se centró en la primera lectura, tomada del segundo libro de Samuel (5, 1-7. 10), que narra la unción **del** **rey** David. «Hemos escuchado —dijo— la historia de esa reunión» en

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

Hebrón, cuando «todas las tribus de Israel fueron a ver a David para proponerle que fuera su rey». En efecto, explicó, «David era rey de Judá, pero el reino estaba dividido». Todos los ancianos del pueblo «vieron que el único que podía» ser rey «era David». Así, «fueron a verlo para sellar una alianza». Juntos, prosiguió el Papa, «seguramente hablaron, discutieron sobre cómo establecer la alianza. Y, al final, decidieron proclamarlo rey». Pero «esa decisión, digamos, no era una decisión democrática»; más bien, era una decisión unánime: «tú eres rey».

El Pontífice explicó que «ese fue el **primer paso**. Después llegó el segundo: el **rey David** selló una alianza con ellos», y los ancianos del pueblo «ungieron a David como rey de Israel». He aquí, pues, la importancia de la unción. «Sin esa unción —dijo—, David habría sido solamente el jefe, el organizador de una empresa que llevaba adelante esa sociedad política, que era el reino de Israel». En cambio, «la unción era otra cosa»; y precisamente «la unción consagró a David como rey».

«¿Cuál es la diferencia —se preguntó el Papa— entre ser un organizador político del país y ser un rey ungido?». **Cuando** David, explicó, «fue ungido rey de Judá por Samuel, era pequeño, era un niño. Dice la Biblia que, tras la unción, el Espíritu del Señor descendió sobre David». Y así «la unción hace que el Espíritu del Señor descienda sobre una persona y esté con ella». También el pasaje propuesto por la liturgia, observó el Papa, «dice lo mismo: David iba aumentando su fuerza y el Señor, Dios de los ejércitos, estaba con él».

A propósito de esto, el obispo de Roma recordó la actitud de David ante el rey Saúl, «que quería matarlo por celos, por envidia». David «tuvo la oportunidad de matar al rey Saúl, pero no quiso hacerlo: jamás tocaré al ungido del Señor, es una persona elegida por el

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

Señor, ungida por el Señor». En sus palabras, está el «sentido de la sacralidad de un rey».

«En la Iglesia —afirmó el Pontífice— hemos heredado esto en la persona de los obispos y los sacerdotes». En efecto, los obispos «no son elegidos solamente para llevar adelante una organización que se llama Iglesia particular. Son ungidos, tienen la unción, y el espíritu del Señor está con ellos». Todos los obispos, precisó el Papa, «somos pecadores, todos, pero estamos ungidos». Y «todos queremos ser cada día más santos, más fieles a esta unción». «Lo que edifica a la Iglesia, lo que da unidad a la Iglesia, es la persona del obispo, en nombre de Jesucristo, porque está ungido, no porque fue votado por la mayoría, sino porque está ungido».

Precisamente «en esta unción la Iglesia particular tiene su fuerza, y por participación, también los sacerdotes están ungidos: el obispo les impone las manos y los unge». Así, los sacerdotes, dijo el Papa, «llevan adelante las parroquias y muchos otros trabajos». Es la unción la que acerca al Señor obispos y sacerdotes, que «son elegidos por el Señor». Por lo tanto, «esta unción es para los obispos y para los sacerdotes su fuerza y alegría». Fuerza, precisó, porque precisamente en la unción «encuentran la vocación para guiar al pueblo, para ayudar al pueblo» y para «vivir al servicio del pueblo». Y también alegría, «porque se sienten elegidos por el Señor, protegidos por el Señor con el amor con que el Señor nos protege a todos nosotros».

He aquí por qué, afirmó, «cuando pensamos en los obispos y en los sacerdotes —todos son sacerdotes, porque este es el sacerdocio de Cristo: obispo y sacerdote—, debemos concebirlos así: ungidos». De lo contrario, puntualizó, «no se comprende la Iglesia». Pero «no sólo no se la comprende, sino que tampoco puede explicarse cómo la Iglesia va adelante solamente con las fuerzas humanas». Una

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

«diócesis va adelante porque tiene un pueblo santo, tiene muchas cosas, y también tiene a un ungido que la guía, que la ayuda a crecer». Esto mismo vale para una parroquia, que «va adelante porque tiene muchas organizaciones, tiene muchas cosas, pero también porque tiene a un sacerdote: un ungido que la guía».

Nosotros sólo recordamos —destacó el Pontífice— «una mínima parte de cuántos obispos santos, cuántos sacerdotes, cuántos sacerdotes santos» han dedicado toda «su vida al servicio de la diócesis, de la parroquia». Y, por consiguiente, «de cuánta gente ha recibido la fuerza de la fe, la fuerza del amor, la esperanza, de estos párrocos anónimos, a quienes no conocemos. Y son muchos». Son «párrocos de campo o párrocos de ciudad que, con su unción, han dado fuerza al pueblo, le han transmitido la doctrina, le han dado los sacramentos, es decir, la santidad».

El Papa observó que algunos podrían objetar: «Pero padre, he leído en un diario que un obispo hizo tal cosa o que un sacerdote hizo tal otra». Objeción a la que el Pontífice respondió: «Sí, yo también lo he leído. Pero dime: ¿se publican en los diarios las noticias de lo que hacen muchos sacerdotes, muchos sacerdotes en tantas parroquias de ciudad o de campo? ¿La gran obra de caridad que hacen? ¿El gran trabajo que hacen para guiar a su pueblo?». Y añadió: «No, ésta no es noticia». Vale siempre, explicó, el conocido proverbio según el cual «hace más ruido un árbol que cae que un bosque que crece».

El Papa Francisco concluyó su reflexión invitando a pensar «en esta unción de David» y, en consecuencia, «en nuestros obispos y en nuestros sacerdotes valientes, santos, buenos y fieles». Y pidió rezar «por ellos: gracias a ellos hoy estamos aquí, son ellos quienes nos han bautizado».

La oración de alabanza

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

Martes 28 de enero de 2014

Es difícil justificar a quien siente vergüenza al cantar la alabanza del Señor, **mientras que** luego se deja llevar por gritos de júbilo por el gol de su equipo del corazón. Éste es el sentido de la reflexión que propuso el Papa Francisco en la misa del martes 28 de enero.

El Papa Francisco se centró en la descripción de la fiesta que improvisó David por la llegada del arca de la Alianza, tal como lo relata la primera lectura de la liturgia del día (*2 Samuel* 6, 12-15 .17-19). «El **rey David** —recordó el Pontífice— inmoló sacrificios en honor a Dios; oró. Luego su oración llegó a ser jubilosa... era una oración de alabanza, de alegría. Y comenzó a danzar. Dice la Biblia: “David iba danzando ante el Señor con todas sus fuerzas”». Y David estaba tan contento al dirigir esta oración de alabanza que salió «de toda moderación» y comenzó «a danzar ante el Señor con todas sus fuerzas». Esto, insistió el Papa, era «precisamente la oración de alabanza».

Ante este episodio «pensé inmediatamente —confesó el obispo de Roma— en la palabra de Sara tras **dar a luz** a Isaac: “el Señor me hizo bailar de alegría”. Esta anciana de 90 años bailó de alegría». David era joven, repitió, pero también él «bailaba, danzaba ante el Señor. Esto es un ejemplo de oración de alabanza». Que es algo distinto de la oración que, explicó el Pontífice, normalmente hacemos «para pedir algo al Señor» o incluso sólo «para dar gracias al Señor».

Pero «la oración de alabanza —destacó el Santo Padre— la dejamos a un lado». Para nosotros no es algo espontáneo. Algunos, añadió, podrían pensar que se trata de una oración «para los de la Renovación en el Espíritu, no **para todos** los cristianos. La oración de alabanza es una oración cristiana, para todos nosotros. En la misa,

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

todos los días, cuando cantamos repitiendo “Santo, Santo...”, ésta es una oración de alabanza, alabamos a Dios por su grandeza, porque es grande. Y le decimos cosas hermosas, porque a nosotros nos gusta que sea así». Y no importa ser buenos cantantes. En efecto, explicó el Papa Francisco, no es posible pensar que «eres capaz de gritar cuando tu equipo hace un gol y no eres capaz de cantar las alabanzas al Señor, de salir un poco de tu comportamiento para cantar esto».

Alabar a Dios «es totalmente gratuito», prosiguió. «No pedimos, no damos gracias. Alabamos: tú eres grande. “Gloria al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo...”. Con todo el corazón decimos esto. Es incluso un acto de justicia, porque Él es grande, es nuestro Dios. Pensemos en una hermosa pregunta que podemos hacernos hoy: “¿cómo es mi oración de alabanza? ¿Sé alabar al Señor? ¿O cuando rezo el Gloria o el Sanctus lo hago sólo con la boca y no **con todo** el corazón? ¿Qué me dice David danzando? ¿Y Sara que baila de alegría? Cuando David entró en la ciudad, comenzó otra cosa: una fiesta. La alegría de la alabanza nos lleva a la alegría de la fiesta». Fiesta que luego se extiende a la familia, «cada uno —es la imagen propuesta por el Pontífice— en su casa comiendo el pan, festejando». Pero cuando David vuelve a entrar en el palacio, debe afrontar el reproche y el desprecio de Mical, la hija del rey Saúl: «“¿pero tú no tienes vergüenza de hacer lo que has hecho? ¿Cómo has hecho esto, bailar delante de todos, tú el rey? ¿No tienes vergüenza?”. Me pregunto cuántas veces despreciamos en nuestro corazón a personas buenas, gente buena que alaba al Señor», así, de modo espontáneo, así como surge sin seguir actitudes formales. Pero en la Biblia, recordó el Papa, se lee «que Mical quedó estéril para toda su vida por esto. ¿Qué quiere decir aquí la Palabra de Dios? Que la alegría, la oración de alabanza nos hace fecundos. Sara bailaba en el momento grande de su fecundidad, a los noventa años. La fecundidad alaba al Señor». El hombre o la mujer que alaba al Señor, que reza alabando al Señor —

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

y cuando lo hace es feliz de decirlo—, y goza «cuando canta el Sanctus en la misa», es un hombre o una mujer fecundo. En cambio, añadió el Pontífice, quienes «se cierran en la formalidad de una oración fría, medida, así, tal vez terminan como Mical, en la esterilidad de su formalidad. Pensemos e imaginemos a David que baila con todas sus fuerzas ante el Señor. Pensemos cuán hermoso es hacer oraciones de alabanza. Tal vez nos hará bien repetir las palabras del salmo que hemos orado, el 23: “¡Portones! Alzad los dinteles, que se alcen las puertas eternas: va a entrar el rey de la gloria. ¿Quién es ese rey de la gloria? El Señor héroe valeroso, el Señor valeroso en la batalla». Ésta debe ser nuestra oración de alabanza, y, concluyó, cuando elevamos esta oración al Señor debemos «decir a nuestro corazón: “levántate corazón, porque estás ante el rey de la gloria”».

Entre Cristo y la Iglesia ninguna dicotomía

Jueves 30 de enero de 2014

El *sensus Ecclesiae* —que nos salva de la «absurda dicotomía de ser cristianos sin Iglesia»— se apoya en tres pilares: humildad, fidelidad y servicio de la oración. Lo afirmó el Papa Francisco en la misa del jueves 30 de enero, por la mañana, en la [capilla de la](#) Casa Santa Marta.

Le sugirió la reflexión la lectura del salmo 132 (131) que, dijo el Pontífice, «nos abre la puerta para reflexionar sobre la Palabra de Dios en la liturgia de hoy». Dice el texto: «Señor, tenle en cuenta a David todos sus afanes». Por lo tanto, explicó el Papa, he aquí «el [rey](#) [David](#) como modelo; el rey David como el hombre que trabajó mucho, que se entregó en gran medida por el reino de Dios».

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

Un pensamiento que se relaciona con el «pasaje del segundo libro de Samuel (7, 18-19.24-29) que hemos escuchado hoy, continuación del de ayer», destacó el Santo Padre. El texto relata el pensamiento de David, que reflexiona: «yo vivo en un palacio, pero el arca del Señor está aún en una tienda: hagamos un templo». La respuesta del Señor es negativa: «No, tú no, lo hará tu hijo». Y «David acepta, pero acepta con alegría», presentándose ante Dios y hablándole «como un hijo a un padre».

David empieza así: «¿Quién soy yo, mi Dueño y Señor, y quién la casa de mi padre, para que me hayas engrandecido hasta tal punto?». Él, destacó el Papa, ante todo se pregunta: «¿Quién soy yo?». Recuerda bien haber sido «un joven pastor de ovejas, como dice en otro pasaje, tomado de entre las ovejas» y que se convirtió «en rey de Israel». He aquí, entonces, el sentido de la pregunta de David: «¿Quién soy?».

Una pregunta, afirmó el Pontífice, capaz de revelar que «David tenía precisamente un sentimiento fuerte de pertenencia al pueblo de Dios». Y esto, dijo, «me hizo reflexionar: sería hermoso preguntarnos hoy cómo es nuestro signo de pertenencia a la Iglesia: el sentir con la Iglesia, sentir en la Iglesia». En efecto, continuó, «el cristiano no es un bautizado que recibe el bautismo y luego sigue adelante por su camino». No es así, porque «el primer fruto del bautismo es hacer que pertenezcas a la Iglesia, al pueblo de Dios». Por lo tanto, precisó, «no se comprende un cristiano sin Iglesia. Por ello, el gran Pablo VI decía que es una dicotomía absurda amar a Cristo sin la Iglesia; escuchar a Cristo pero no a la Iglesia; estar con Cristo al margen de la Iglesia. Es una dicotomía absurda».

En efecto, añadió el Papa Francisco, «el mensaje evangélico lo recibimos en la Iglesia y nuestra santidad la hacemos en la Iglesia».

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

Nuestro camino está en la Iglesia». La alternativa, dijo, «es una fantasía» o, como decía Pablo VI, «una dicotomía absurda».

El Pontífice profundizó luego el significado «de este sentir con la Iglesia. En latín se dice *sensus Ecclesiae*: es precisamente sentir, pensar y querer dentro de la Iglesia». Y «reflexionando en este pasaje de David, sobre la pertenencia al pueblo de Dios, podemos encontrar tres pilares de esta pertenencia, de este sentir con la Iglesia»: humildad, fidelidad y servicio de la oración.

En cuanto al primero, el obispo de Roma explicó que «una persona que no es humilde no puede sentir con la Iglesia: sentirá lo que a ella le gusta». La auténtica humildad, precisamente, «se ve en David», quien pregunta: «¿Quién soy yo, Señor Dios, y qué es mi casa?». David tiene «consciencia de que la historia de salvación no comenzó conmigo y no acabará cuando yo muera. ¡No! Es precisamente una historia de salvación», a través de la cual «el Señor te toma, te hace ir adelante y luego te llama; y la historia continúa». Humildad es, por lo tanto, ser consciente de que «la historia de la Iglesia comenzó antes de nosotros y seguirá después de nosotros». Porque «somos una pequeña parte de un gran pueblo que sigue el camino del Señor».

La fidelidad, el segundo pilar, está «relacionada con la obediencia». Al respecto, el Papa Francisco volvió a proponer la figura de David que «obedece al Señor y también es fiel a su doctrina, a su ley»: por lo tanto «fidelidad a la Iglesia, fidelidad a su enseñanza, fidelidad al Credo, fidelidad a la doctrina y custodiar esta doctrina». Así, «humildad y fidelidad» van juntas. «También Pablo VI nos recordaba —dijo— que nosotros recibimos el mensaje del Evangelio como un don. Y debemos transmitirlo como un don. Pero no como algo nuestro. Es un don recibido que damos». Y «en esta transmisión» es necesario «ser fieles, porque nosotros hemos recibido y debemos dar un Evangelio que no es nuestro, es de Jesús. Y no tenemos que

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

convertirnos en dueños del Evangelio, en dueños de la doctrina recibida para usarla a nuestro gusto».

Con humildad y fidelidad, «el tercer pilar es el servicio: servicio en la Iglesia. Está el servicio a Dios, el servicio al prójimo, a los hermanos», explicó el Santo Padre, «pero yo aquí hago referencia sólo al servicio a Dios». Punto de partida es una vez más la actitud de David: cuando «termina su reflexión ante Dios, que es una oración, ora por el pueblo de Dios». Precisamente «éste es el tercer pilar: rezar por la Iglesia».

Se lee en el pasaje del Antiguo Testamento: «Tú, mi Dueño y Señor, eres Dios, tus palabras son verdad y has prometido a tu siervo este bien». También a nosotros, comentó el Papa, el Señor nos aseguró que «la Iglesia no será destruida» y las puertas del infierno no prevalecerán «contra ella». El pasaje del segundo libro de Samuel sigue así: «Dígnate, pues, bendecir esta casa de tu siervo, para que permanezca para siempre ante ti». Son palabras que sugieren una pregunta: «¿Cómo es nuestra oración por la Iglesia? ¿Rezamos por la Iglesia? En la misa, todos los días, ¿y en nuestra casa? ¿Cuándo recitamos nuestras oraciones?». Se debe orar al Señor por «toda la Iglesia, por todas las partes del mundo». He aquí la esencia de «un servicio ante Dios que es oración por la Iglesia».

Por lo tanto, resumió el Pontífice, la humildad nos hace comprender que «estamos integrados en una comunidad como una gracia grande» y que «la historia de la salvación no comenzará conmigo, no acabará conmigo: cada uno de nosotros puede decir esto». La fidelidad nos recuerda, en cambio, que «hemos recibido un Evangelio, una doctrina» a los cuales hay que ser fieles y custodiar. Y el servicio nos impulsa a ser constantes en la «oración por la Iglesia». Que el Señor, fue su deseo como conclusión, «nos ayude a seguir por este camino para profundizar nuestra pertenencia a la Iglesia y nuestro sentir con la Iglesia».

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

Los mártires de nuestros pecados

Viernes 31 de enero de 2014

Liberarse del peligro de ser cristianos «demasiado seguros», de perder el «[sentido](#) del pecado», seducidos por «una visión antropológica superpotente» y mundana capaz de impulsar al hombre a considerar que puede hacer todo por sí mismo. Esta es la exhortación que el Papa Francisco hizo durante la misa del viernes 31 de enero, refiriéndose al episodio bíblico de la tentación de David, quien, enamorado de Betsabé, esposa de su fiel soldado Urías, la tomó consigo y mandó a su marido a combatir, provocándole la muerte. La pérdida del sentido del pecado, dijo el Pontífice, es signo de cómo disminuye el significado del reino de Dios. Hace olvidar que la salvación viene de él «y no de la astucia» de los hombres.

Partiendo de la liturgia del día, el Papa centró su homilía en el reino de Dios. El pasaje de Marcos (4, 26-34), dijo el Pontífice, «nos habla del reino de Dios», de cómo crece. En realidad, se lee en el Evangelio, «ni siquiera el sembrador sabe» cómo sucede esto. Pero en otro pasaje, explicó, Jesús dice que es precisamente Dios quien hace crecer su reino en nosotros. «Y este crecimiento —precisó— es un don de Dios que debemos pedir». Y lo pedimos cada día cuando rezamos «el Padrenuestro: venga tu reino». Es una invocación, observó, que «quiere decir: que crezca tu reino dentro de nosotros, en la sociedad. Que crezca el reino de Dios».

Pero «así como el reino de Dios crece —advirtió—, así también puede disminuir». Y «de esto nos habla la primera lectura», tomada del [segundo libro](#) de Samuel (11, 1-4a. 5-10a. 13-17), que narra la tentación de David. Para explicar el pasaje, el Papa Francisco se remitió a las lecturas del día anterior, en particular a la «hermosa oración de David al Señor: la oración por su pueblo». «El rey reza por

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

su pueblo, es la oración de un santo». Pero al año siguiente, destacó, «sucedió lo que acabamos de escuchar» en el segundo libro de Samuel: precisamente la tentación de David. Y esto fue lo que alteró a un reino que, a fin de cuentas, era tranquilo **a pesar de** pequeñas guerras por el control de los confines. También «David estaba tranquilo», llevaba «una vida normal». Pero un día, «después del almuerzo, durmió la siesta, se levantó, dio un paseo y se le presentó una tentación. Y David cayó en tentación» al ver a Betsabé, la esposa de Urías.

«A todos nosotros —comentó el Papa— nos puede suceder lo mismo», porque «todos somos pecadores y todos somos tentados. Y la tentación es el pan nuestro de cada día». Hasta tal punto que, observó, «si alguno de nosotros dijera: jamás he tenido tentaciones», la respuesta justa sería: «o eres un ángel o eres un tonto». En efecto, «es normal la lucha en la vida: el diablo no está tranquilo, y quiere su victoria».

En realidad, «el problema más grave de este pasaje —precisó— no es tanto la tentación o el pecado contra el noveno mandamiento, sino más bien cómo actuó David». En efecto, en aquella circunstancia perdió la conciencia del pecado y habló sencillamente de «un problema» por resolver. Y su actitud «era un signo», porque «cuando el reino de Dios disminuye, uno de los signos es la pérdida del sentido del pecado». David, explicó el Papa, cometió «un grave pecado» y, sin embargo, «no lo sintió» como tal. Para él era sólo un «problema». Por eso, «no pensó en pedir perdón». Solo se preocupó por resolver un problema —después de su relación con Betsabé, la mujer quedó embarazada—, y se preguntó: «¿Cómo hago para cubrir el adulterio?».

Así, elaboró una estrategia y la aplicó de modo tal que indujo a Urías a pensar que el hijo que esperaba su mujer era efectivamente suyo.

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

Urías, explicó el Pontífice, «era un buen israelita, pensaba en sus compañeros y no quería festejar mientras el ejército de Israel luchaba». Pero David, tras inútilmente intentar convencerlo «con un banquete, con vino», como «hombre resuelto, hombre de gobierno, tomó una decisión»: escribió una carta a Joab, el capitán del ejército, ordenándole que mandara a Urías al lugar más reñido de la batalla, para que muriera. «Y así sucedió. Urías pereció. Y pereció porque lo pusieron precisamente allí para que muriera»: se trató de «un homicidio».

Sin embargo, «cuando el rey David supo cómo había terminado la historia, permaneció tranquilo y continuó su vida». ¿La razón? David «había perdido el sentido del pecado, y en aquel momento el reino de Dios comenzaba a disminuir» en su horizonte. Lo demuestra el hecho de que David no «hizo referencia a Dios», no dijo: «Señor, mira qué hice: ¿cómo hacemos?». En él, en cambio, predominó «esta visión antropológica superpotente: ¡yo puedo hacer todo!». Es la actitud de la «mundanidad».

El Pontífice dijo que lo mismo «puede sucedernos a nosotros cuando perdemos el sentido del reino de Dios y, en consecuencia, el sentido del pecado». Al respecto, recordó las palabras de Pío XII: «en la pérdida del sentido del pecado consiste el mal de esta civilización: se puede todo, resolvemos todo. La potencia del hombre en lugar de la gloria de Dios».

Este modo de pensar, afirmó el Papa, «es el pan de cada día». De ahí nuestra «oración de todos los días a Dios: venga tu reino, crezca tu reino». Porque «la salvación no vendrá de nuestra habilidad, de nuestra astucia, de nuestra inteligencia en hacer negocios». No, «la salvación vendrá por la gracia de Dios y del ejercicio diario que hacemos de esta gracia», es decir, «la vida cristiana».

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

El Papa Francisco enumeró luego «los numerosos personajes» nombrados en el pasaje bíblico: David, Betsabé, Joab, pero también a «los cortesanos», que estaban alrededor de David y «sabían todo: un verdadero escándalo, pero no se escandalizaban», porque también ellos habían «perdido el sentido del pecado». Y estaba «el pobre Urías, quien pagó la cuenta del banquete».

Precisamente la figura de Urías suscitó la reflexión conclusiva del Santo Padre: «Os confieso que cuando veo estas injusticias, esta soberbia humana», o «cuando advierto el peligro, que yo mismo» puedo correr «de perder el sentido del pecado —admitió—, creo que hace bien pensar en los numerosos Urías de la historia, en los numerosos Urías que también hoy sufren nuestra mediocridad cristiana». Una mediocridad cristiana que predomina cuando «perdemos el sentido del pecado y dejamos que el reino de Dios caiga».

Las personas como Urías, dijo, «son los mártires no reconocidos de nuestros pecados». Así, añadió el Papa, «nos hará bien hoy rezar por nosotros, para que el Señor nos dé siempre la gracia de no perder el sentido del pecado y para que el reino no disminuya en nosotros». Y concluyó invitando «también a llevar una flor espiritual a la tumba de esos Urías contemporáneos que pagan la cuenta del banquete de los seguros, de los cristianos que se sienten seguros y que, sin querer o queriendo, matan al prójimo».

Instrucciones para los momentos de tinieblas

Lunes 3 de febrero de 2014

En los momentos difíciles de la vida **no se** debe «negociar a Dios» usando a los demás para salvarse a sí mismo: la actitud correcta es hacer penitencia, reconociendo los propios pecados y

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

encomendándose al Señor, sin ceder a la tentación de «hacer justicia con las propias manos». En la misa celebrada el lunes 3 de febrero el Papa Francisco propuso nuevamente el testimonio del rey David, «santo y pecador», en el «momento de oscuridad» de la huida de Jerusalén por la traición del hijo Absalón. Al término de la celebración, el día de la memoria litúrgica de san Blas, dos sacerdotes impartieron al Papa y a todos los presentes la tradicional bendición con dos candelas puestas en la garganta en forma de cruz.

Para su meditación el Pontífice partió de la primera lectura, tomada del segundo libro de Samuel (15, 13-14.30; 16, 5-13a). «Hemos escuchado —dijo— la historia de ese momento tan triste de David, cuando tuvo que huir porque su hijo lo traicionó». Son elocuentes las palabras de David, que llama a Absalón «hijo nacido de mis entrañas». Estamos ante «una gran traición»: incluso la mayor parte del pueblo se agrupa «con el hijo contra el rey». Se lee, en efecto, en la Escritura: «el corazón de los israelitas sigue a Absalón». Verdaderamente para David era «como si este hijo estuviese muerto».

¿Qué hace David ante la traición del hijo? El Papa indicó «tres actitudes». Ante todo, explicó, «David, hombre de gobierno, acoge la realidad como es. Sabe que esta guerra será muy dura, sabe que allí habrá muchos muertos del pueblo», porque está «una parte del pueblo contra la otra». Y con realismo realiza «la opción de no hacer morir a su pueblo». Ciertamente, hubiese podido «luchar en Jerusalén contra las fuerzas de su hijo. Pero dijo: no, no quiero que Jerusalén sea destruida». Y se opuso incluso a los suyos que querían llevar el arca, ordenándoles que la dejaran en su sitio: «Que el arca de Dios permanezca en la ciudad». Todo esto muestra «la primera actitud» de David, que «para defenderse no usa ni a Dios ni a su pueblo», porque sentía por ambos un «amor muy grande».

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

«En los momentos malos de la vida —destacó el Pontífice— sucede que, **tal vez**, en la desesperación uno busca defenderse como puede», incluso «usando a Dios y a la gente». En cambio David nos muestra cómo su «primera actitud» es precisamente «la de no usar a Dios y a su pueblo».

La segunda es una «actitud penitencial», que David asume mientras huye de Jerusalén. Se lee en el pasaje del libro de Samuel: «Subía llorando» por la montaña «y caminaba con la cabeza cubierta y descalzo». Pero, comentó el Papa, «pensad lo que significa subir el monte descalzo». Lo mismo hacía la gente que estaba con él: «llevaban cubierta la cabeza y subían llorando».

Se trata de «un camino penitencial». Tal vez, continuó el Pontífice, David en ese momento «en su corazón» pensaba en «muchas cosas malas» y en los «numerosos pecados que había cometido». Y probablemente se decía a sí mismo: «Pero yo no soy inocente. No es justo que mi hijo me haga esto, pero yo no soy santo». Con este espíritu David «elige la penitencia: llora, hace penitencia». Y su «subida al monte», indicó una vez más el Papa, «nos hace pensar en la subida de Jesús. También Él dolido y descalzo, con su cruz, subía al monte».

David, sin embargo, vive una «actitud penitencial». Cuando a nosotros, en cambio, dijo el Papa, «nos sucede algo por el estilo en nuestra vida, siempre buscamos —es un instinto que tenemos— justificarnos». Al contrario, «David no se justifica. Es realista. Busca salvar el arca de Dios, a su pueblo. Y hace penitencia» subiendo al monte. Por esta razón «es un grande: un gran pecador y un gran santo». Ciertamente, añadió el Santo Padre, «cómo vayan juntas estas dos cosas» sólo «Dios lo sabe. Pero ésta es la verdad».

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

A lo largo de su camino penitencial el rey encuentra a un hombre de nombre Semeí, que le «arrojaba piedras» a él y a quienes le acompañaban. Es «un enemigo» que «lanzaba maldiciones» dirigidas a David. Así, Abisay, «uno de los amigos de David», propuso al rey capturarlo y matarlo: «Éste es un perro muerto» le dijo con el lenguaje de su tiempo para remarcar en qué sentido Semeí era «una persona mala». Pero David se lo impidió y «en lugar de elegir la venganza contra tantos insultos, eligió encomendarse a Dios». Se lee, en efecto, en el pasaje bíblico: «Un hijo mío, salido de mis entrañas, busca mi vida. Cuánto más este benjaminita —este Semeí—. Dejadle que me maldiga, si se lo ha ordenado el Señor. Quizá el Señor vea mi humillación y me pague con bendiciones la maldición de este día». He aquí la tercera actitud: David «se encomienda al Señor».

Precisamente «estas tres actitudes de David en el momento de la oscuridad, en el momento de la prueba, pueden ayudarnos a todos nosotros» cuando nos encontramos en situaciones difíciles. No se debe «negociar nuestra pertenencia». Luego, repitió el Pontífice, es necesario «aceptar la penitencia», comprender las razones por las cuales se «necesita hacer penitencia», y así saber «llorar sobre nuestros errores, sobre nuestros pecados». Por último, no se debe buscar hacer justicia con las propias manos, sino más «encomendarse a Dios».

El Papa Francisco concluyó la homilía invitando a invocar a David, que nosotros «veneramos como santo», pidiéndole que nos enseñe a vivir «estas actitudes en los momentos difíciles de la vida». Para que cada uno sea «un hombre que ama a Dios, que ama a su pueblo y no lo negocia; un hombre que sabe que es pecador y hace penitencia; un hombre que está seguro de su Dios y se encomienda a Él».

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

Cuando Dios llora

Martes 4 de febrero de 2014

Todo **buen padre** «necesita del hijo: le espera, le busca, le ama, le perdona, le quiere cerca de sí, tan cerca como la gallina quiere a sus polluelos». Lo dijo el Papa Francisco en la homilía de la misa del martes 4 de febrero.

Al comentar las lecturas de la liturgia el Pontífice afrontó el tema de la paternidad, relacionándolo a las dos figuras principales descritas en el Evangelio de **san Marcos** (5, 21-43) y en el segundo libro de Samuel (18, 9-10.14.24-25.30; 19, 1-4): o sea Jairo, uno de los jefes de la sinagoga en tiempos de Jesús, «que fue a pedir la salud para su hija», y David, «que sufría por la guerra que estaba haciendo su hijo». Dos hechos que, según el obispo de Roma, muestran cómo todo padre tiene «una unción que viene del hijo: no se puede comprender a sí mismo sin el hijo».

Deteniéndose primero en el **rey de Israel**, el Papa recordó que **a pesar de** que el hijo Absalón se había convertido en su enemigo, David «esperaba noticias de la guerra. Estaba sentado entre las dos puertas del palacio y miraba». Y si bien todos estaban seguros de que esperaba «noticias de una buena victoria», en realidad «esperaba otra cosa: esperaba al hijo. Le interesaba el hijo. Era rey, era jefe del país, pero» sobre todo «era padre». Y así, «cuando llegó la noticia del final de su hijo», David «se estremeció. Subió a la habitación superior y se puso a llorar. Decía al subir: “¡Hijo mío, Absalón, hijo mío! ¡Hijo mío, Absalón! ¡Quién me diera haber muerto en tu lugar! ¡Absalón, hijo mío, hijo mío!”».

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

Éste —comentó el Papa Francisco— «es el corazón de un padre, que no reniega jamás de su hijo», incluso si «es un bandido o un enemigo», y llora por él. Al respecto, el Pontífice hizo notar cómo en la Biblia, David llora dos veces por los hijos: en esta circunstancia y en la que estaba por morir el hijo del adulterio: «también en esa ocasión hizo ayuno y penitencia para salvar la vida del hijo», porque «era padre».

Volviendo luego a la descripción del pasaje bíblico, el obispo de Roma destacó otro elemento de la escena: el silencio. «Los soldados regresaron a la ciudad tras la batalla en silencio» —destacó— mientras que cuando David era joven, al volver a la ciudad después de matar al Filisteo, todas las mujeres salieron de las casas para «alabarle, en fiesta; porque así volvían los soldados después de una victoria». En cambio, con ocasión de la muerte de Absalón, «la victoria fue disimulada porque el rey lloraba»; en efecto, «más que rey y vencedor» David era sobre todo «un padre afligido».

En cuanto al personaje evangélico, el jefe de la sinagoga, el Papa Francisco destacó en qué sentido se trataba de una «persona importante», que, sin embargo, «ante la enfermedad de la hija» no tuvo vergüenza de tirarse a los pies de Jesús e implorarle: «Mi niña está en las últimas; ven, impón las manos sobre ella, para que se cure y viva». Este hombre no reflexiona acerca de las consecuencias de su gesto. No se detiene a pensar si Cristo «en lugar de un profeta fuese un brujo», se arriesgaba a hacer el ridículo. Al ser «padre —dijo el Pontífice— no piensa: arriesga, se lanza y pide». Y también en esta escena, cuando los protagonistas entran en la casa encuentran llantos y gritos. «Había personas que gritaban fuerte porque era su trabajo: trabajaban así, llorando en las casas de los difuntos». Pero su llanto «no era el llanto de un padre».

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

He aquí entonces la relación entre las dos figuras de padres. Para ellos la prioridad son los hijos. Y esto «hace pensar en la primera cosa que decimos a Dios en el Credo: “Creo en Dios padre”. Hace pensar en la paternidad de Dios. Dios es así con nosotros». Alguien podría observar: «Pero padre, Dios no llora». Objeción a la que el Papa respondió: «¡Cómo no! Recordemos a Jesús cuando lloraba contemplando Jerusalén: «Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces intenté reunir a tus hijos», como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas». Por lo tanto, «Dios llora; Jesús lloró por nosotros». Y en ese llanto está la representación del llanto del padre, «que nos quiere a todos consigo en los momentos difíciles».

El Pontífice recordó también que en la Biblia hay al menos «dos momentos en los que el padre responde» al llanto del hijo. El primero es el episodio de Isaac conducido al monte por Abrahán para ofrecerlo en holocausto: él se da cuenta de «que llevaban la leña y el fuego, pero no el cordero para el sacrificio». Por ello «tenía angustia en el corazón. ¿Y qué dice? «Padre». Y de inmediato la respuesta: “Aquí estoy, hijo”». El segundo episodio es el de «Jesús en el huerto de los Olivos, con esa angustia en el corazón: «Padre, si es posible aleja de mí este cáliz». Y los ángeles vinieron a darle fuerza. Así es nuestro Dios: es padre».

Pero no es sólo esto: la imagen de David que espera noticias sentado entre las dos puertas del palacio trae a la memoria la parábola del capítulo 15 del evangelio de san Lucas, la del padre que esperaba al hijo pródigo, «que se había marchado con todo el dinero, con toda la herencia. ¿Cómo sabemos que le esperaba?», se preguntó el Papa Francisco. Porque —es la respuesta que nos dan las Escrituras— «lo vio de lejos. Y porque todos los días subía a esperar» a que el hijo volviese. En ese padre misericordioso, en efecto, está «nuestro Dios», que «es padre». De aquí el deseo de que la paternidad física de los padres de familia y la paternidad espiritual de los consagrados,

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

de los sacerdotes, de los obispos, sean siempre como la de los dos protagonistas de las lecturas: «dos hombres, que son padres».

Como conclusión, el Pontífice invitó a meditar sobre estos dos «iconos» —David que llora y el jefe de la sinagoga que se postra ante Jesús sin ninguna vergüenza, sin temor de pasar por ridículo, porque estaban «en juego sus hijos»— y pidió a los fieles que renovasen la profesión de fe, diciendo «Creo en Dios Padre» y pidiendo al Espíritu Santo que nos enseñe a decir «Abbá, Padre». Porque —concluyó— «es una gracia poder decir a Dios: Padre, con el corazón».

Lo que dejamos a los demás

Jueves 6 de febrero de 2014

Vivir durante toda la vida en el seno de la Iglesia, como pecadores pero no como traidores corruptos, con una actitud de esperanza que nos lleva a dejar una herencia hecha no de riqueza material sino de testimonio de santidad. Son las «grandes gracias» que el Papa Francisco indicó durante la misa celebrada el jueves 6 de febrero, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

El obispo de Roma centró su reflexión en el misterio de la muerte, partiendo de la primera lectura —tomada del primer libro de los Reyes (2, 1-4.10-12)— en la que, dijo, «hemos escuchado el relato de la muerte de David». Y «recordamos el inicio de su vida, cuando fue elegido por el Señor, ungido por el Señor». Era un «jovencito»; y «después de algunos años comenzó a reinar», pero era siempre «un muchacho, tenía veintidós o veintitrés años».

Por lo tanto, toda la vida de David es «un recorrido, un camino al servicio de su pueblo». Y «así como comenzó, así terminó». Sucede

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

lo mismo en nuestra vida, señaló el Papa, que «comienza, camina, sigue adelante y termina».

El relato de la muerte de David sugirió al Pontífice tres reflexiones surgidas «del corazón». En primer lugar puso en evidencia que «David muere en el seno de la Iglesia, en el seno de su pueblo. Su muerte no lo encuentra fuera de su pueblo» sino «dentro». Y así vive «su pertenencia al pueblo de Dios». Sin embargo David «había pecado: él mismo se llama pecador». Pero «jamás se apartó del pueblo de Dios: pecador sí, traidor no». Ésta, dijo el Papa, «es una gracia»: la gracia de «permanecer hasta el final en el pueblo de Dios» y «morir en el seno de la Iglesia, precisamente en el seno del pueblo de Dios».

Al subrayar dicho aspecto, el Papa invitó «a pedir la gracia de morir en casa: morir en casa, en la Iglesia». Y remarcó que «ésta es una gracia» y «no se compra», porque «es un regalo de Dios». Nosotros «debemos pedirlo: Señor dame el regalo de morir en casa, en la Iglesia». Aunque fuésemos «todos pecadores», no debemos ser ni «traidores» ni «corruptos».

La Iglesia, precisó el Pontífice, es «madre y nos quiere también así», quizás incluso «muchas veces sucios». Porque es ella quien «nos limpia: es madre, sabe cómo hacerlo». Pero está «en nosotros pedir esta gracia: morir en casa».

El Papa Francisco propuso luego una segunda reflexión sobre la muerte de David. «En este relato —apuntó— se ve que David está tranquilo, en paz, sereno». Hasta el punto que «llama a su hijo y le dice: yo emprendo el camino de todo hombre sobre la tierra». En otras palabras David reconoce: «¡Ahora me toca a mí!». Y después, se lee en la Escritura, «David se durmió con sus padres». He aquí, explicó el Pontífice, el rey que «acepta su muerte con esperanza, con paz».

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

Y «ésta es otra gracia: la gracia de morir con esperanza», con la «consciencia de que esto es un paso» y que «del otro lado nos esperan». Incluso después de la muerte, en efecto, «continúa la casa, continúa la familia: no estaré solo». Se trata de una gracia que hay que pedir sobre todo «en los últimos momentos de la vida: nosotros sabemos que la vida es una lucha y el espíritu del mal quiere el botín».

El obispo de Roma recordó también el testimonio de santa Teresita del Niño Jesús, quien «decía que, en sus últimos momentos, había en su alma una lucha y cuando pensaba en el futuro, a lo que le esperaba después de la muerte, en el cielo, sentía como una voz que le decía: pero no, no seas tonta, te espera la oscuridad, te espera sólo la oscuridad de la nada». Ese, precisó el Papa, «era el demonio que no quería que se confiara a Dios».

De aquí la importancia de «pedir la gracia de morir con esperanza y morir confiándose a Dios». Pero el «confiarse a Dios —afirmó el Pontífice— comienza ahora, en las pequeñas cosas de la vida y también en los grandes problemas: confiarse siempre al Señor. De esta manera uno coge este hábito de confiarse al Señor y crece la esperanza». Por lo tanto, explicó, «morir en casa, morir con esperanza» son «dos cosas que nos enseña la muerte de David».

La tercera idea sugerida por el Papa fue «el problema de la herencia». Al respecto «la Biblia —precisó— no nos dice que cuando murió David vinieron todos los nietos y bisnietos a pedir la herencia». A menudo existen «muchos escándalos sobre la herencia, muchos escándalos que dividen en las familias». Pero no es la riqueza la herencia que deja David. Se lee, de hecho, en la Escritura: «Y el reino quedó establecido sólidamente». David, más bien, «deja la herencia de cuarenta años de gobierno por su pueblo y el pueblo consolidado, fuerte».

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

Al respecto el Pontífice recordó «un dicho popular» según el cual «cada hombre debe dejar en la vida un hijo, debe plantar un árbol y debe escribir un libro: y ésta es la mejor herencia». El Papa invitó a cada uno a preguntarse: «¿Qué herencia dejo yo a los que vienen detrás de mí? ¿Una herencia de vida? ¿He hecho tanto bien que la gente me quiere como padre o como madre?». Tal vez no «planté un árbol» o «escribí un libro», «pero ¿he dado vida, sabiduría?». La auténtica «herencia es la que David» revela dirigiéndose ya a las puertas de la muerte a su hijo Salomón con estas palabras: «Ten valor y sé hombre. Guarda lo que el Señor tu Dios manda guardar siguiendo sus caminos, observando sus preceptos».

Así las palabras de David ayudan a entender que la verdadera «herencia es nuestro testimonio de cristianos que dejamos a los demás». Existen, en efecto, algunas personas que «dejan una gran herencia: pensemos en los santos que vivieron el Evangelio con tanta fuerza» y precisamente por esto «nos dejan un camino de vida, un modo de vivir como herencia».

Al concluir, el Papa resumió los tres puntos de su reflexión transformándolos en una oración a san David, a fin de que «nos conceda a todos estas tres gracias: pedir la gracia de morir en casa, morir en la Iglesia; pedir la gracia de morir en esperanza, con esperanza; y pedir la gracia de dejar una hermosa herencia, una herencia humana, una herencia hecha con el testimonio de nuestra vida cristiana».

Volver a la primera Galilea

Viernes 7 de febrero de 2014

A Jesús se le debe anunciar y testimoniar con fuerza y claridad, sin medias tintas, volviendo siempre a la fuente del «primer encuentro»

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

con Él y sabiendo vivir también la experiencia de la «oscuridad del alma». La «imagen del discípulo» trazada por el Papa Francisco corresponde a los elementos esenciales de Juan el Bautista. Y precisamente en la figura del precursor el Pontífice centró la meditación en la misa celebrada el viernes 7 de febrero en la capilla de la Casa Santa Marta.

Partiendo del relato de su predicación y su muerte, narrado por el Evangelio de Marcos (6, 14-29), el Papa dijo que Juan era «un hombre que tuvo un breve tiempo de vida, un breve tiempo para anunciar la Palabra de Dios». Él era «el hombre que Dios envió a preparar el camino a su Hijo».

Pero «Juan acabó mal», decapitado por orden de Herodes. Se convirtió en «el precio de un espectáculo para la corte en un banquete». Y, comentó el Papa, «cuando existe la corte es posible hacer de todo: la corrupción, los vicios, los crímenes. Las cortes favorecen estas cosas».

El Pontífice trazó el perfil de Juan el Bautista indicando tres características fundamentales. «¿Qué hizo Juan? Ante todo — explicó — anunció al Señor. Anunció que estaba cerca el Salvador, el Señor; que estaba cerca el reino de Dios». Un anuncio que él «había realizado con fuerza: bautizaba y exhortaba a todos a convertirse». Juan «era un hombre fuerte y anunciaba a Jesucristo: fue el profeta más cercano a Jesucristo. Tan cercano que precisamente él lo indicó» a los demás. Y, en efecto, cuando vio a Jesús, exclamó: «¡Es aquél!».

La segunda característica de su testimonio, explicó el Papa, «es que no se adueñó de su autoridad moral» aunque se le había ofrecido «en una bandeja la posibilidad de decir: yo soy el mesías». Juan, en

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

efecto, «tenía mucha autoridad moral, mucha. Toda la gente iba a él. El Evangelio dice que los escribas» se acercaban para preguntarle; «¿Qué debemos hacer?». Lo mismo hacía el pueblo y los soldados. «¡Convertíos!» era la respuesta de Juan, y «no estaféis»

También «los fariseos y los doctores» miran la «fuerza» de Juan, reconociendo en él a «un hombre recto. Por ello fueron a preguntarle: ¿pero eres tú el mesías?». Para Juan fue «el momento de la tentación y de la vanidad». Hubiese podido responder: «No puedo hablar de esto...», terminando por «dejar la pregunta en el aire. O podía decir: no lo sé... con falsa humildad». En cambio, Juan «fue claro» y afirmó: «No, yo no soy. Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo y no soy digno de agacharme para dasatarle la correa de sus sandalias».

Así no cayó en la tentación de robar «el título, no se adueñó del oficio». Dijo claramente: «Yo soy una voz, sólo eso. La palabra viene después. Yo soy una voz». Y «ésta —resumió el Papa— es la segunda cosa que hizo Juan: no robar la dignidad». Fue un «hombre de verdad».

«La tercera cosa que hizo Juan —continuó el Pontífice— fue imitar a Cristo, imitar a Jesús. En tal medida que, en aquellos tiempos, los fariseos y los doctores creían que él era el mesías». Incluso «Herodes, que lo había asesinado, creía que Jesús fuese Juan». Precisamente esto muestra hasta qué punto el Bautista «siguió el camino de Jesús, sobre todo en el camino del abajamiento».

En efecto «Juan se humilló, se abajó hasta el final, hasta la muerte». Y fue al encuentro del «mismo estilo vergonzoso de muerte» del Señor: «Jesús como un malhechor, como un ladrón, como un criminal, en la cruz», y Juan víctima de «un hombre débil y lujurioso» que se dejó llevar «por el odio de una adúltera, por el capricho de una bailarina». Son dos «muertes humillantes».

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

Como Jesús, dijo de nuevo el Papa, «también Juan tuvo su huerto de los olivos, su angustia en la cárcel cuando creía haberse equivocado». Por ello «manda a sus discípulos a preguntar a Jesús: dime, ¿eres tú o me equivoqué y existe otro?». Es la experiencia de la «oscuridad del alma», de la «oscuridad que purifica». Y «Jesús respondió a Juan como el Padre respondió a Jesús: consolándole».

Precisamente hablando de la «oscuridad del hombre de Dios, de la mujer de Dios», el Papa Francisco recordó el testimonio «de la beata Teresa de Calcuta. La mujer a la que todo el mundo alababa, el premio Nobel. Pero ella sabía que en un momento de su vida, largo, existió sólo la oscuridad dentro». También «Juan pasó por esta oscuridad», pero fue «anunciador de Jesucristo; no se adueñó de la profecía», convirtiéndose en «imitador de Jesucristo».

En Juan está, por lo tanto, «la imagen» y «la vocación de un discípulo». La «fuente de esta actitud de discípulo» ya se reconoce en el episodio evangélico de la visita de María a Isabel, cuando «Juan saltó de alegría en el seno» de su madre. Jesús y Juan, en efecto, «eran primos» y «tal vez se encontraron después». Pero ese primer «encuentro llenó de alegría, de mucha alegría el corazón de Juan. Y lo transformó en discípulo», en el «hombre que anuncia a Jesucristo, que no se pone en el lugar de Jesucristo y que sigue el camino de Jesucristo».

En conclusión, el Papa Francisco sugirió un examen de conciencia «acerca de nuestro discipulado» a través de algunas preguntas: «¿Anunciamos a Jesucristo? ¿Progresamos o no progresamos en nuestra condición de cristianos como si fuese un privilegio?». Al respecto es importante mirar el ejemplo de Juan que «no se adueñó de la profecía».

PAPA FRANCISCO MISAS MATUTINAS

Y luego un interrogante: «¿Vamos por el camino de Jesucristo, el camino de la humillación, de la humildad, del abajamiento para el servicio?».

Según el Pontífice, si nos damos cuenta de no estar «firmes en esto», es bueno «preguntarnos: ¿cuándo tuvo lugar mi encuentro con Jesucristo, ese encuentro que me llenó de alegría?». Es un modo para volver espiritualmente a ese primer encuentro con el Señor, «volver a la primera Galilea del encuentro: todos nosotros hemos tenido una». El secreto, dijo el Papa, es precisamente «volver allí: reencontrarnos con el Señor y seguir adelante por esta senda tan hermosa, en la que Él debe crecer y nosotros disminuir».